



ORTEGA y FRIAS
HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN DE MADRE

LECTURA

AÑO I SEMANAL **PRE-**
NÚM. 9 **CIO:**
29 DIC. **10**
1925 **POPULAR** **CTS.**

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE *por Ramón Ortega y Frías*

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

Querubín y María, la hija del poderoso comendador don Pedro de Saavedra, se aman. El orgulloso comendador persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra.

Querubín ignora quiénes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, que le recogió a los dos años de los brazos de una pobre mujer, que murió.

Un día, Querubín y su protector se hallaban en casa de su sastre, el señor Polcarpo, que habitaba en un portal de misero aspecto, cuando vieron salir del interior a don Leandro de Sandoval. Intrigados preguntaron al sastre, y éste ocultó el motivo de la visita.

En aquella casa vivían también dos mujeres, madre e hija. Llegaron allí diecisiete años antes, sin que nadie supiese quiénes eran ni de dónde procedían. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo.

La madre sufrió un ataque de parálisis que la dejó completamente inhabilitada. Pasaron innumerables privaciones. El sastre, compadecido, las ayudaba en cuanto podía.

entonces, debía despertar, porque así lo exigían las circunstancias; y si él quería sobreponerse a ciertos sentimientos, si se empeñaba en llegar hasta el fin en el camino de sus maldades, tendría que entablar una lucha espantosa y recurriría a toda clase de medios.

En vez de arrepentirse, don Pedro, sintiéndose vivamente herido, estaba más resuelto que nunca a realizar sus deseos.

Hizo muchas reflexiones sobre su situación, y partiendo de bases falsas, concluyó por deducir que ninguna obligación tenía para guardar miramientos a la infeliz Mariana, puesto que le había pagado la honra con algunos puñados de oro.

En cuanto a su hija, ¿qué representaba, qué significaba, que importancia tenía?

Era un ser como otro cualquiera, un ser más o menos desgraciado, una de tantas criaturas que vienen al mundo porque así lo dispone la Naturaleza, que viven, que luchan, y desaparecen para dejar su puesto a otras.

Los criminales se esfuerzan para encontrar razones que justifiquen su proceder; y, no encontrando otras, acudió don Pedro al miserable recurso de poner en duda que Consuelo fuera su hija.

Sobre este punto nadie podía darle ninguna seguridad; y si Consuelo no era hija suya, ¿estaba obligado a guardar ninguna consideración?

Además, creía firmemente que Leandro se había propuesto engañar a la infeliz que había tenido la debilidad de escucharle.

Ruinmente piensa el que ruin es; y el comendador, que ruin había sido siempre, no podía reconocer en nadie ciertos sentimientos generosos.

Bien pronto debía sobre este punto experimentar un desengaño, pues su criado Andrés había de llevarle no-

ticias que le hiciesen comprender toda la gravedad de la situación.

—¿Y qué pensará de todo esto la condesa?—decía don Pedro en tanto que se encaminaba a la calle del Barquillo—¿Tomará seriamente el asunto de estos amores? ¿Los considerará un verdadero obstáculo para que su hijo se case con María? Veremos, pues nada quiero deducir cuando se trata de una mujer como la condesa, una mujer que no se parece a ninguna.

Preocupado y sombrío llegó don Pedro a la morada de los condes de Rocanegra.

Seguro estaba de no encontrar al padre de Leandro, y sobre este punto no se equivocó.

Fue recibido cortésmente por la ilustre dama, y después de cruzar algunas palabras de mera fórmula, dijo ella:

—Me sorprende vuestra visita, caballero.

—¿Y por qué, señora?—replicó don Pedro, que se esforzaba para disimular lo que sentía.

—Porque supongo que venís para hablarme de lo que me atormenta, y como apenas me habéis dado tiempo para reflexionar...

—Siento deciros que os equivocáis.

—¿Que me equivoco?

—Sí.

—¡Me alegro mucho!

—Hoy no traigo más objeto que prestaros un gran servicio: otro día hablaremos de lo que a mí me interesa. Entretanto, abrigo la esperanza de que acabaréis por reconocer que me sobra la razón al querer que vuestro hijo se case con mi hija, y que si eso a mi hija le conviene después de lo que la otra noche sucedió, no es menos conveniente para vuestro hijo el matrimonio proyectado, pues así se librará de grandes males que no puede prever la inexperiencia de su juventud.

—No os comprendo —dijo la condesa fijando una mirada escudriñadora en el comendador.

—Señora, creed firmemente que los pecados de la juventud se pagan más o menos tarde.

La dama inclinó la cabeza sobre el pecho, y su rostro palideció.

—Os pido perdón, condesa, y os juro por mi honor que no he aludido a vuestras desgracias.

—Está bien, caballero.

—Hablo de los hombres, no más que de los hombres.

—Proseguid.

—A cierta edad se cometen muchas locuras, porque no se da importancia a lo que se hace; pero llega un día...

—¡Comprendo, comprendo!

—Vuestro hijo se encuentra al borde de un abismo.

—¡Comendador!...

—Tranquilizaos, que aun se le puede salvar.

—¿Qué sucede?

—Antes de decíroslo...

—¡Quiero saberlo inmediatamente! —replicó la condesa con angustioso afán.

—¡Señora!...

—¡Acabad, acabad!

—Puesto que os empeñáis en que ante todo os dé la noticia...

—¡Sí!

—¿No os parece peligroso que vuestro hijo emplee su dinero, su talento y su habilidad en seducir a una mujer inocente, y tanto más digna de consideración cuanto es pobre y no cuenta en el mundo con otro apoyo que el de una madre anciana y enferma?

El rostro de la dama se contrajo, y su mirada se fijó con imponente severidad en don Pedro.

Ambos callaron por algunos segundos.

Por fin ella rompió el silencio para decir enérgicamente:

—Caballero, cuando un hombre seduce a una infeliz como la que acabáis de pintar...

—El hombre comete una falta: estamos de acuerdo.

—¡Preciso es que el hombre no tenga corazón; preciso es que sea ruin hasta el último grado de la ruindad; preciso es que su alma haya llegado a la depravación más repugnante!

Don Pedro se movió en la silla como quien no se encuentra bien.

—¡Exageráis un poco, señora! —dijo.

Y se tomó la libertad de sacar su caja de rapé.

—No exagero.

—De todas maneras...

—Y mi hijo tiene corazón, sus sentimientos son nobles, grande su alma...

—No lo dudo; y la prueba de que hago justicia a sus sentimientos está en que quiero que sea esposo de mi hija.

—Pues entonces es imposible que Leandro cometa semejante maldad.

—Ya estamos en el terreno que yo deseaba. Negáis terminantemente, y os será preciso justificar la conducta de don Leandro.

—La justificación está en su misma nobleza.

—Pues entonces me diréis con qué fin vuestro hijo visita a esas desdichadas mujeres, y con qué fin hace creer a la hija que está locamente enamorado de ella; y lo dice con tanta habilidad, que la infeliz no lo pone en duda, a pesar de que ha debido ocurrírsele que es imposible que sea su esposo el heredero de los ilustres condes de Rocanegra.

Cadavérica palidez cubrió el rostro de la dama.

Algunos minutos pasaron sin que pudiera articular una sílaba.

—¿Qué me diréis ahora?—preguntó don Pedro.

—¡Necesito saber quién es esa mujer!

—Lo sabréis.

—¡Quiero averiguar, quiero pruebas evidentes!

—Las tendréis.

—El nombre de esa infeliz...

—La madre se llama Mariana.

—¿Y la hija?

—Consuelo.

—¿Dónde habitan?

—En la costanilla de Santiago, esquina a la calle del Mesón de Paños.

—¿Decís que son pobres?

—Según entiendo, no cuentan con otro recurso que con el trabajo de la hija; a menos que don Leandro las socorra con la generosidad que corresponde a su clase.

—Caballero, según todas las apariencias, según vos mismo me habéis dicho, vuestra hija está enamorada de un hombre que, sobre no tener bienes de fortuna, es un plebeyo.

—A mi hija le han trastornado la cabeza; pero eso no tiene ningún valor, porque cuando pase algún tiempo sin ver a ese miserable, le olvidará. Tanto es así, que ya está dispuesta a casarse con vuestro hijo; y si algún inconveniente encuentra, es porque han herido su amor propio hablándole de esa otra mujer.

—Pero ello es que, por de pronto, se enamoró vuestra hija.

—No sé si merece el nombre de amor ese juvenil arrebató.

—Arrebató pasajero, o verdadero amor.

—¿Qué deducís de eso?

—Que a Leandro puede haberle sucedido lo mismo

que a vuestra hija, y que tal vez ama de veras a esa infeliz.

— ¡Es imposible!

— Para que yo ponga en duda ese amor, tengo que dudar también de los nobles sentimientos de mi hijo; porque en este asunto no hay término medio: o intenta cometer el crimen de engañar a esa desgraciada, o su amor es verdadero y buenas sus intenciones. Negar lo uno es lo mismo que afirmar lo otro, y entre ambas cosas...

— ¿Qué preferís?

— Prefiero creer que mi hijo esté verdaderamente enamorado.

— Pensad que la humilde condición y las circunstancias de esa mujer...

— En todo pienso.

El comendador miró con asombro a la condesa.

No concebía el orgulloso caballero lo que acababa de decir la ilustre dama.

— Ya os he dicho que esa mujer no tiene padre.

— La orfandad no es un delito.

— Ni siquiera sabe a quién debe la existencia.

— Tampoco lo sabe el hijo de mis extrañas, el hijo de mi debilidad y de mi desdicha, y no por eso es menos digno de consideración, no por eso es menos honrado.

He aquí una razón verdaderamente suprema en boca de la ilustre dama.

Si ella tenía un hijo que ignoraba su nombre, no podía aceptar el injusto principio de que esta circunstancia era una deshonra, porque aceptarlo hubiera sido lo mismo que fallar ella misma contra su propio hijo.

Después de reflexionar algunos momentos lo comprendió así el comendador, y no le pareció bien hacer sobre este punto más observaciones, sino que, dando nuevo giro a la conversación, dijo:

—Pues supongamos que ese amor es verdadero.

—Lo supongo, mientras no se me den pruebas de lo contrario.

—¿Cuál será vuestra conducta ?

—Yo debo preguntaros lo mismo.

—Mi conducta será la misma de siempre.

—¿La misma ?

—¿Y por qué he de cambiar ?

—Si mi hijo está enamorado...

—¡Le prohibiréis que piense en esa mujer!

—No escuchará mis súplicas.

—¡Haréis uso de vuestra autoridad!

—Tampoco será bastante.

—¡Haréis que vuestro esposo tome parte en el asunto y os secundel!

—Y de esa manera destrozará el corazón de mi pobre hijo, y cuando se convenza de que su madre es el mayor enemigo de su felicidad, se rebelará abiertamente.

—¡Castigaréis su rebeldía!

—Leandro no se casará con esa infeliz, porque se lo impediremos; pero tampoco será esposo de vuestra hija.

—Entonces...

—Como la culpa no es mía, tendréis que ceder; guardaréis el secreto de mi deshonra.

—¡Os equivocáis!

—¿Seríais capaz de cometer esa injusticia ?

—Cuando una mujer se empeña, vence todos los obstáculos; y si la mujer cuenta con el auxilio de su influencia de madre, no hay para ella imposibles. Ya os lo he dicho: cuando no basten vuestros consejos, haced uso de vuestra autoridad.

—¿Y si nada consigo ?

—Os queda un gran recurso, un arma terrible: daréis a conocer a vuestro hijo la horrible situación en que os

encontráis, y cuando tenga que decidirse entre su dicha y vuestra honra, cederá; no lo dudéis.

—Otra cosa olvidáis.

—Recordádmela, si a bien lo tenéis.

—Leandro puede dejarse arrebatado por la desesperación y pedirnos cuenta de vuestro ruín proceder.

—No os inquietéis por eso, que yo sabré aplacar sus iras.

—¡Oh!

—¡Mi resolución es irrevocable!

—¡Sois un miserable, comendador!—dijo la condesa con voz reconcentrada.

Don Pedro desplegó una leve sonrisa y se encogió de hombros.

—¡Dejadme!

—Sí; os dejo para que reflexionéis y hagáis las averiguaciones que más convenientes os parezcan.

La conversación había terminado, porque don Pedro no necesitaba hacer más de lo que ya había hecho; así, que se despidió y salió con una tranquilidad que, aunque fingida, era espantosa para la madre de Leandro.

Esta mujer extraordinaria sintió que renacían todas sus fuerzas prodigiosas.

Hasta entonces había sufrido, se había resignado sin exhalar una queja, y esperaba con ansiedad el descanso de la muerte; pero el momento de la lucha había llegado: se trataba de su honra y de la dicha de su hijo, y no podía permanecer inactiva, no podía dejar la resolución de tan graves cuestiones al tiempo y a las circunstancias.

La infeliz llamó y dispuso que su hijo entrase apenas volviera.

Después quedó inmóvil y entregada a las más desconsoladoras ideas.

Sobradamente delicada era su situación, y se complicaba mucho más, pues casarse Leandro con María sin amarla no era tan grave como casarse con ella mientras su corazón era de otra.

¿Era verdad que el joven amaba de veras a la infeliz Consuelo?

Esto se preguntaba sin cesar la condesa.

CAPÍTULO XXIII

Leandro se explica.

Pasó una hora.

Volvió Leandro a su casa, y sin detenerse más que para dejar la espada, la capa y el sombrero, se presentó a su madre.

Puede decirse que el joven iba modestamente vestido, pues no llevaba ricos encajes ni una sola joya relumbraaba sobre su ropaje. Había ido a ver a Consuelo, y rara vez se presentaba a la infeliz joven de otra manera.

Pálido y contraído estaba el rostro de Leandro, lo cual no debe sorprender, puesto que sabemos ya que tenía sobrados motivos para sufrir y considerar como muy grave la situación.

Sin embargo, desplegó una dulce sonrisa y dirigió a su madre las palabras más cariñosas.

Ella respondió con frialdad, con una reserva que llamó la atención del joven.

—Me han dicho que deseabais verme, madre mía, y veros deseaba yo también.

—Sí.

—Parece que estáis muy preocupada...

—No te equivocas.

—¿Acaso?...

—Conocerás el motivo de mi preocupación; pero antes se me ocurre hacerte una pregunta:

—Escucho, madre mía, con el respeto que vuestras palabras merecen.

—¿Por qué sales a pasear y te presentas a todo el mundo vestido como un pobre hidalgo?

Enrojecieron las mejillas de Leandro.

—La causa es la pereza—dijo con voz insegura.

—¿Y tanta es tu pereza que puede en ti más que el decoro de tu elevada clase?

—Perdonad; pero ya sabéis que soy despreocupado.

—La despreocupación tiene sus límites.

—Me parece que no los traspaso.

—Tal vez.

—Siempre me ha parecido que tanto vale un hombre vestido humildemente como con lujo, y con estas ropas soy el mismo que cubierto de terciopelo y oro.

—Si eres el mismo, si al ponerte esa ropa humilde no olvidas lo que debes a tu nombre ilustre, lo que debes a tu honor...

—¡Eso no, madre mía!—replicó vivamente Leandro.

Y levantó su hermosa cabeza, y miró a su madre con la serenidad del que nada tiene que echarse en cara.

Estaba entonces más hermoso que nunca, y su continente era como nunca grave y noble. La condesa le miró poseída de orgullo maternal, y dijo para sí:

—¡No, no es posible que bajo esa frente tan hermosa y altiva se alberguen ruines pensamientos!

Ya sabemos que no se equivocaba.

Leandro prosiguió diciendo:

—Si algún día dejo de ser honrado, os juro que me sobrará el valor para acabar yo mismo con mi existencia. Podréis ver a vuestro hijo muerto; pero deshonorado jamás.

—Ya estoy tranquila.

—¿Acaso habéis puesto en duda la rectitud de mis sentimientos ?

—No; pero a veces... En fin, olvidemos eso, que nada vale.

—Severa como nunca estáis hoy conmigo, madre mía. La condesa fijó en su hijo una mirada penetrante, y le preguntó:

—¿Adónde has ido ?

—A pasear, a ver a mis amigos...

—Eso es vago; es decir algo sin decir nada.

—Si queréis saber...

—Con quién has hablado, a quién has visto, en qué asunto te has ocupado.

—¡Madre mía!

—Porque me parece que una madre tiene derecho para hacer estas preguntas a sus hijos.

—Y yo me considero obligado a responder.

—Eso es lo que deseo.

La condesa hablaba como no había hablado nunca, y la severidad de su actitud y el frío tono de sus palabras sorprendió y aturdió a Leandro. ¿Qué significaba un cambio tan repentino ?

No pudo adivinarlo.

—He paseado —dijo— por la calle de Alcalá y la Puerta del Sol, he visto al vizconde de la Puente, y en las gradas de San Felipe he hablado con el marqués de las Pozas, que, lo mismo que siempre, no ha hablado más que de sus caballos, de sus perros, de sus partidas de caza...

—¿Y luego ?

—He vagado...

—Como ahora, ¿no es verdad ?—interrumpió con acento irónico la condesa.

—Madre y señora...

—¡Caballero, lo que deseo saber es si habéis pasado

por la costanilla de Santiago si habéis entrado allí en alguna casa, si habéis visto!...

—No os molestéis, madre mía.

—¿Me entendéis ahora?

—¡Oh!

—Os desagradan mis preguntas, ya lo veo.

—¡No! —replicó el joven cambiando de tono y de actitud.

—Entonces...

—Un solo secreto he guardado, no porque mi adorada madre no me inspirara confianza, sino porque he creído que así convenía a su tranquilidad; pero, puesto que todo lo sabéis, nada os ocultaré, y me perdonaréis en gracia de mi buena intención, o siquiera porque sufro mucho, porque soy quizá la más desdichada de las criaturas.

Interrumpióse Leandro, porque la voz se ahogaba en su garganta, y cogiendo la diestra de su madre, la besó mil veces con ternura sin igual.

—¡Hijo mío! —murmuró la pobre madre.

Y dos lágrimas se escaparon de sus magníficos ojos.

Transcurrieron algunos minutos sin que pudiesen articular una sílaba, y luego la condesa, haciendo un esfuerzo, dijo:

—¿Amas como tú eres capaz de amar?

—¡Amo con locura!

—Dime ahora que ni por un solo instante has pensado cometer el horrendo abuso de engañar a una mujer inocente y pura.

—¡Yo! ¿Y habéis podido dudarle? El que comete ese abuso es un cobarde, y yo, madre mía...

—¡Basta basta!

—No abrigo esperanzas de ser dichoso con la mujer que tan tierno amor me inspira; pero sabré morir, os lo juro, y ni siquiera exhalaré una queja.

—¡Bien dices; eres muy desgraciado, mucho!

—Y nadie más que vos puede comprender mi sufrimiento; nadie más que vos puede consolarme.

—¿Y crees que esa mujer es digna de tu amor?

—Sí.

—¿Tienes la seguridad de que no te engañan tus deseos, de que no te ciega la pasión?

—¡No es posible el engaño ante las pruebas!

—Quiero suponer que no te equivocas.

—¡Creedlo!

—Pero justo es que esas pruebas las aprecie yo para quedar completamente tranquila.

—Si conocieseis a la mujer que es dueña de mi corazón...

—Lo que conozco mejor que tú es la gravedad de la situación.

—Esa mujer...

—Es pobre, no lo ignoro.

—No tiene nombre...

—También lo sé.

—Pero sus virtudes...

—Leandro, no podemos continuar esta conversación.

—¿Por qué?—replicó el joven con extrañeza.

—Porque no puedes decirme más de lo que ya sé.

—¿Tan exactas y completas son vuestras noticias?

—Me parece que sí; pero tú verás si me equivoco.

—Como bien os parezca, madre mía.

—Hace bastantes años que estas mujeres vinieron a Madrid, y siempre viven en la misma casa.

—Es verdad.

—Nadie ha sabido más sino que la madre se llama Mariana, y que un mal repentino la hizo enmudecer y la tiene casi del todo inútil para moverse. La hija trabaja, y así pueden cubrir sus primeras necesidades. Lo único que ignoro es cómo las has conocido y si es verdad que las apariencias no te han engañado.

—No.

—También ignoro si tu amor es verdadero.

— ¡Es un amor inextinguible!—dijo Leandro con vehemencia— No se me ocultan las dificultades con que tendré que luchar; pero, como estoy decidido a ser esposo de Consuelo, más o menos tarde realizaré mis deseos. Si conocieseis a Consuelo, si la escuchaseis, si pudieseis hacer observaciones sobre su conducta...

— ¡Basta, Leandro, basta!

Hacíase más densa la palidez del rostro de la condesa. No era posible que su hijo comprendiera lo que la infeliz sufría.

No necesitaba ella muchas explicaciones para convenirse de que el amor de Leandro era una de esas pasiones que no pueden concluir sino con la vida.

¿Cómo exigir que olvidase a Consuelo y que se casara con otra mujer?

Esto era equivalente a condenarle a un tormento espantoso.

La condesa, que había amado, que amaba todavía, no ignoraba lo que sufre el que se siente contrariado en una pasión como la suya.

Pedir a su hijo que se uniese a María, era una crueldad y un egoísmo.

¿No debía la pobre madre hacer el sacrificio de su honor antes que exigir a Leandro el sacrificio de su corazón, de su porvenir, de su felicidad?

Por algunos momentos creyó que sí; pero luego pensó que Leandro sería también muy desgraciado si caía una mancha sobre la honra de su madre.

La lucha continuó, pues, en el alma de la condesa; lucha terrible, desgarradora y mortal.

Si cumplía sus deberes de esposa, tenía que ahogar sus maternales sentimientos; y si quería dejarse llevar de los impulsos de su corazón de madre, le era preciso olvi-

dar su honor, caer a los pies de su esposo despiadado, inclinar su frente, reconocer sus culpas, esperar la sentencia y soportar el desprecio del mundo.

Y no era esto lo único que tendría que sufrir, puesto que Leandro no era su único hijo.

Si ella soportaba la deshonra, arrojando las iras del conde, Querubín quedaría perdido para siempre, pagaría las faltas de todos sin haber cometido ninguna, maldeciría su existencia, que le habían dado sin que él la pidiese, y tal vez pensaría con horror en la madre que le había dejado en el más horrible abandono, en la madre que no había tenido valor para ser virtuosa ni para cumplir después sus deberes.

Una sola esperanza había para la condesa: la de que Consuelo no fuera por sus virtudes digna de Leandro.

En este caso la cuestión variaría, porque sin remordimiento alguno podría prohibir a su hijo que amara a semejante mujer.

Empero ya sabemos que esta esperanza debía desvanecerse, puesto que Consuelo era un modelo de virtudes, de nobles sentimientos; era una criatura sublime y sobradamente digna del amor de un hombre como Leandro.

Había guardado la condesa silencio para reflexionar, y su hijo, sin poder contenerse, habló de su amor, pintándolo con los más vivos colores, y habló también de las bellas cualidades de Consuelo.

Por fin la condesa adoptó una resolución.

—Hablabamos otro día—dijo.

—Madre mía...

—Necesito meditar, hacer averiguaciones.

—Pero, al menos, decidme quién ha podido daros esas noticias.

—No me está permitido revelar el nombre de la persona que me ha confiado ese secreto.

— ¡Lo adivino!

— Tal vez te equivoques.

— El señor de Guevara...

— ¿Y quién es ese caballero?—preguntó la condesa con la mayor naturalidad.

— Un hombre que no tiene que hacer más que averiguar la vida de los demás.

— No le conozco.

— Mi padre sí.

— Pero tu padre ninguna noticia tiene de este asunto.

— El señor de Guevara se habrá valido de otra persona.

— No puedo saberlo.

— Os juro que lo averiguaré, y el miserable que se haya complacido en atormentaros...

— Leandro, te dejas arrebatar sin razón. Hace algunos días que me interesa mucho saber positivamente si tu corazón está libre, y, como me interesa, he procurado averiguarlo.

— ¿Acaso habéis hecho que me espíen?

— Repito que no puedo darte explicaciones.

— Está bien, madre mía.

— Déjame ahora, Leandro, y piensa que por grande que sea tu desgracia, es mucho mayor la de tu pobre madre.

— En vuestra vida debe de haber un secreto...

— ¡Calla, calla!—interrumpió vivamente la condesa.

— Muchas veces os he suplicado...

— ¡Vete, vete!—replicó la infeliz con voz ahogada.

Sintióse Leandro profundamente conmovido, cogió la diestra de su madre, la estrechó y la besó con frenesí. Luego se lanzó fuera del aposento.

Sentíase trastornado, casi loco.

Ella exhaló un grito, se oprimió el pecho con fuerza

convulsiva y elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora.

Afortunadamente algunas lágrimas brotaron de sus ojos.

Creyó Leandro que ante todo le convenía averiguar quién le había dado a su madre tan exactas noticias sobre Consuelo.

Encerrado en su habitación pasó el joven cerca de media hora, y al fin, dándose una palmada en la frente, exclamó:

— ¡Ah!

Creía haber encontrado el medio que buscaba.

Llamó y se presentó un criado, en cuyos ojos, de viva y penetrante mirada, revelábase una inteligencia nada común.

Era joven, puesto que apenas había cumplido veinte años; pero ya tenía fama de ingenioso y de travieso.

— Pedro— dijo Leandro—, necesito saber con toda exactitud quién ha entrado en casa hoy, particularmente desde que yo salí.

— Eso es muy fácil.

— Y, sobre todo, es preciso que averigües con quién ha podido hablar durante mi ausencia la señora condesa, mi madre.

— La señora condesa habla con bien pocas personas, y casi con seguridad me atrevo a decir desde luego que no ha visto más que al señor comendador don Pedro de...

— ¡Basta, basta!

— ¿No necesita más vuestra señoría?

— Nada más.

— Creo que nadie ha venido antes ni después del noble comendador.

— ¡Oh! ¡Todo me lo explico! ¡Déjame, Pedro!

El criado salió.

Ya no dudó Leandro de que el señor de Guevara había dado la noticia a don Pedro; pero ¿con qué fin?

Bien podía ser que así lo hubiera hecho solamente por hablar, como se habla de cualquier asunto, pero también era posible que lo hubiera dicho con malicia, puesto que público era que se había tratado de casamiento entre María y Leandro.

¿No debía éste pedir cuentas de su conducta al hidalgo?

Creyó que sí, pues al menos conseguiría conocer sus intenciones.

Miró Leandro el reloj.

Faltaban pocos minutos para la hora de comer, y, por consiguiente, ya no le quedaba tiempo para ir a buscar al señor de Guevara y pedirle explicaciones.

Una vez adoptada esta resolución, sintióse más tranquilo.

Dos horas después había comido, y, cambiando su sencilla ropa por la que a su elevada clase convenía, salió de su casa.

Entretanto la condesa, decidida también a poner en práctica su resolución, llamaba a una de sus doncellas y le decía:

—Tienes que darme una prueba de cariño y de lealtad.

—¡Y la vida también!—respondió la sirvienta

—Pues escúchame.

CAPÍTULO XXIV

La condesa encuentra lo que no busca

¿Se había tragado la tierra al señor de Guevara?

Inútilmente le buscó Leandro, yendo a su casa, a las gradas de San Felipe el Real, y a todos los sitios públicos donde podía encontrársele.

Fue también a ver al sastre, pero éste le dijo:

—Aquí estuvo el hijo o ahijado del caballero, me habló

muy poco y salió, yéndose con un hombre que en aquellos momentos llegaba.

—¿No dijo si volvería ?

—No.

Siguió buscando el hijo de la condesa ; llegó la noche, y tuvo que darse por vencido.

Le era preciso aguardar al día siguiente.

Volvió a su casa y preguntó por sus padres. Respondieronle que el señor conde había salido.

Quiso ver a su madre, pero le dijeron que se había acostado algo indispuesta y que había dado orden de que nadie penetrase en su dormitorio.

Semejante orden llamó la atención de Leandro y, queriendo salir de dudas, acudió nuevamente al astuto Pedro.

Éste desplegó una sonrisa maliciosa y se concretó por entonces a responder :

—Lucía nos ha dicho a todos que la señora condesa no estaba bien y que quedaba prohibido acercarse a su dormitorio.

—Pero esa orden nada tiene que ver conmigo.

—Con vuestra señoría también, pues así se nos advirtió por lo que pudiera suceder.

—Me pones en cuidado.

—Señor, a lo que entiendo, no es de consideración la enfermedad de la señora condesa.

—Lucía me dará explicaciones.

—Ha salido.

—¡Extraño es que salga cuando más necesaria puede ser aquí!

El criado volvió a sonreír y se encogió de hombros.

—¿Qué significa esto ?—preguntó con impaciencia Leandro.

—Señor...

—Tú lo sabes, y has de decírmelo.

—Por casualidad he visto salir a Lucía.
—¿Le hiciste alguna pregunta?
—Ni siquiera me acerqué a ella, porque soy discreto.
—Entonces, ¿qué me importa que la hayas visto salir?

—Ella no pudo verme.

—Eso tampoco me interesa.

—Sí le interesa mucho a vuestra señoría, porque así puedo decirle que no iba sola.

—¿Pues quién la acompañaba?

—Otra mujer.

—¿Otra mujer?

—Envuelta en un manto y que se ocultaba el rostro, y antes de salir se había buscado un pretexto para que el portero se alejase del portal.

—¡Comprendo!

—Me alegro mucho que comprenda vuestra señoría, porque yo no puedo decirle más que lo que he visto.

—¿Y lo que has adivinado?

—Eso no, porque puedo equivocarme.

—Pedro, siempre has sido fiel.

—Y profeso tan gran estimación a la señora condesa, vuestra madre, que por ella me dejaría matar si fuese menester; y en cuanto a vuestra señoría, nada digo, pues mi lealtad no puede conocerla hasta que algún día quiera honrarme con su confianza y eche sobre mí la responsabilidad de algún negocio difícil. Miro y callo, señor, porque para mirar tengo los ojos, y la prudencia me manda cerrar la boca; pero mi discreción no significa que se me oculten muchas cosas que para otros pasan inadvertidas.

¿Qué quería decir con esto el travieso sirviente?

Fijó en él Leandro una mirada escudriñadora.

Perico—porque así le llamaban todos—no se alteró, si bien, para probar que era respetuoso, dijo:

—Perdone vuestra señoría si mis palabras han sido inconvenientes.

—No; pero necesitan explicación.

—La señora condesa es desgraciada, y todos la tienen por la criatura más feliz del mundo.

—¿Y conoces tú el motivo de su desgracia?

—Lo ignoro, señor.

—Ahora quiero que digas, no solamente lo que sepas con seguridad, sino lo que hayas adivinado, pues mientras nadie escuche más que yo, nada pierdes con equivocarte.

—En otro tiempo creí que la señora condesa no era feliz como esposa.

—¿Y luego?

—Me parece que hay algo más.

—Y ese algo...

—Os juro que no lo adivino.

—Eres observador.

—La casualidad me pone las cosas delante de los ojos, y como no estoy ciego...

—Quiero saber lo que piensas.

—En pocos días ha venido dos veces el comendador. Leandro no pudo contener un estremecimiento.

—Señor—añadió el criado—, vuestra señoría me manda hablar con franqueza, y al obedecer le doy una prueba de cariño y de lealtad.

—Lealtad que no quedará sin recompensa.

—En cuanto a eso...

—Prosigue.

—Cada vez que viene el comendador y habla con la señora condesa...

—¿Qué sucede?—preguntó con ansiedad Leandro.

—La señora condesa parece muy preocupada, está triste como nunca, y debe de sufrir mucho.

—¡No te equivocas!—dijo involuntariamente Leandro.

—El señor comendador vino esta mañana, y esta noche...

—Ha salido mi madre ocultamente.

—A vuestra señoría le sería muy fácil adivinar lo que no entiendo.

Sí; Leandro adivinaba que su pobre madre había querido por sí misma hacer averiguaciones con respecto a Consuelo, y tal era el empeño que en esto ponía, que sin miramiento alguno había salido de noche, sin más compañía que la de su fiel doncella, y arrojando todos los peligros que en aquella época ofrecían las calles de Madrid después que el sol se ocultaba.

La condesa, más bien que su vida, jugaba el honor al atravesar las calles de la villa, pues era muy fácil que diese con algunos calaveras desalmados que la hicieran objeto de incalificables abusos, y que para defenderse no tuviera otro medio que darse a conocer, en cuyo caso podía desde luego considerar perdida su reputación.

Como Leandro no conocía el terrible secreto de la historia de su madre, no comprendía cómo ésta tenía bastante atrevimiento para hacer lo que hacía.

Empero ya lo había hecho, y Leandro no podía dejarla en completo abandono.

Seguro de que había de encontrarla en la vivienda de Consuelo, decidió ir a buscarla; y aunque no necesitaba ayuda de nadie para defender a su madre infeliz, creyó conveniente hacerse acompañar por Perico, que era tan valeroso como astuto.

Según el giro que tomaba la situación, Perico podía en ciertos momentos ser muy útil a Leandro.

—Vamos a salir—dijo éste.

—Pues en un abrir y cerrar de ojos me tendrá dispuesto vuestra señoría.

Y así fue, porque no bien hubo salido el sirviente,

cuando volvió con capa, sombrero, espada y una linterna sorda.

—No me ha dicho vuestra señoría si quiere luz; pero por si acaso se necesita, la llevo, y si la oscuridad nos conviene, dejaré cerrada la linterna.

—Eres previsor.

—Dice el refrán que por dos vale el hombre prevenido.

No hablaron más. Saliéron.

Los dejaremos adelantar entre las tinieblas, porque hemos de ver si Leandro se había equivocado al suponer que su madre se encontraba en la vivienda de Consuelo.

Después que oscureció dejó su trabajo el buen sastre, y llevó a su habitación la espuerta y la silla, dejando para después el cuidado de cerrar la puerta de la casa, pues aun no habían ido todos los vecinos, y así les evitaba el trabajo de llamar y esperar a que les abriesen.

Eran muy pocas las casas que en Madrid tenían en aquella época luz en el portal algunas horas de la noche; pero las puertas permanecían abiertas lo menos hasta las ocho o las nueve, aunque estaba mandado que se cerrasen.

El señor Policarpo, lo mismo que otros muchos, olvidaba con frecuencia cumplir el deber de cerrar cuando se ocultaba el sol, y así pudo la condesa encontrar libre la entrada.

Presa de una agitación indescriptible, entró la desgraciada madre en el tenebroso portal.

¿En qué cuarto vivían las dos pobres mujeres objeto de sus averiguaciones?

¿Dónde se encontraba la escalera?

La condesa no había pensado en nada de esto, y empezó a desalentarse cuando prácticamente encontró los obstáculos.

Su doncella, que era, por lo menos, tan lista como

Perico, no se aturdió, y al ver que su señora se detenía y quedaba como confusa, dijo:

—Todo puede remediarse fácilmente.

—¿Y qué hemos de hacer?—preguntó la dama con voz insegura.

—Seguidme, mi noble señora, que andando y palpando encontraremos alguna puerta; llamaremos, y nos sacarán de dudas.

—Ya te sigo.

Y la dama se colocó tras de la sirvienta, y ambas dieron algunos pasos hasta llegar a la pared.

Ni los bultos podían distinguirse allí.

Lentamente avanzaron.

Más de una vez resbalaron en el piso desigual y resbaladizo.

Por fin encontraron una puertecilla.

Buscó a tientas la sirvienta el ojo de la cerradura y quiso mirar por allí; pero no vio luz.

Dio algunos golpes, y nadie le respondió.

Volvió a llamar con más fuerza, pero también inútilmente.

Convencióse de que perdían el tiempo, y dijo:

—Buscaremos otra.

La condesa temblaba convulsivamente.

Entonces fue cuando pudo comprender que había cometido una locura; pero como corría el mismo peligro avanzando que retrocediendo, decidió avanzar.

Hiciéronlo así.

Del portal fueron al patio.

Allí, aunque muy escasa, muy dudosa, llegaba la débil claridad de las estrellas.

Detuviéronse y volvieron la cabeza a todos lados, pudiendo distinguir algunos destellos de luz que se escapaban a través de las rendijas de una puerta.

—Ya tenemos lo que necesitamos—dijo la sirvienta.

— ¡Concluuyamos! —murmuró la dama.

La luz les sirvió de guía, y pocos momentos después llegaron a la puertecilla.

En el interior de aquel aposento sonaba ruido de voces. .

La doncella, sin darse cuenta de lo que hacía, se inclinó, puso el oído junto a la cerradura, y escuchó.

—Tengo muchos años y mucha experiencia—decía una voz destemplada y en extremo desagradable—, y puedo asegurar a vuestra señoría que otras torres más altas he visto caer. ¡Pues no faltaba más sino que no me saliese con la mía en esta ocasión! No me sorprende la resistencia, pues es natural que resista la mujer que nunca se ha visto en lance igual; pero al fin tendrá que ceder, mal que pese a sus escrúpulos necios, y a ese otro señor que ha tomado la delantera a vuestra señoría.

— ¡Vive Dios! —exclamó una voz varonil— ¡No tengo mucha paciencia, y se me acaba más pronto cuando pago largamente!

Oír esto la doncella y exhalar un grito todo fue uno.

—¿Qué te sucede?—le preguntó la condesa.

—¿No habéis oído?

—Sí, hablan; pero...

—¿Y esa voz?

—No he fijado la atención; estoy muy preocupada.

—Debo de haberme equivocado, porque es imposible.

— ¡Explícate!

—Aunque, bien pensado, esto parece justificar lo que supongo; que vuestra señoría...

—¿Acabarás?—interrumpió la dama con creciente impaciencia.

—Antes escuche también vuestra señoría, porque una equivocación puede comprometernos.

Dio un paso la condesa, sin adivinar aún lo que en tan gran cuidado había puesto a la sirvienta; pero al incli-

narse para escuchar, se abrió de par en par la puerta, saliendo un torrente de luz y dejándose ver las dos personas que hablaban.

Un grito de terror exhalaban a la vez la condesa y su sirviente, y mientras se tapaban el rostro con el manto, quisieron huir.

Era tan profunda la turbación de las infelices, que, en vez de dirigirse al portal, corrieron hacia el lado opuesto, yendo a parar a un rincón, de donde no podían salir sin pasar por donde se encontraban los otros.

¿Por qué tan profundo terror?

Para que se comprenda, no tenemos que decir sino que el hombre que salía del cuarto bajo era el conde de Rocanegra.

La situación no podía ser más crítica, más horrible.

Si el conde llegaba a conocer a su esposa, ¿cómo ésta se justificaría?

Si las dos mujeres se hubieran concretado a separarse de la puerta y esperar a que el caballero saliese, nada de particular habría sucedido; pero al querer huir y al gritar, llamaron la atención, y era lo más probable que el conde quisiese averiguar quiénes eran.

CAPÍTULO XXV

Cuchilladas y sorpresas

Algunos momentos pasaron de silencio absoluto, de calma, que debía ser precursora de la tempestad.

Por fin el conde, mirando hacia el rincón donde las dos pobres mujeres temblaban, exclamó:

—¡Vive el cielo! ¿Qué significa esto, bruja de Satanás?

—Mi noble señor—dijo la vieja—, no sé...

—Comprendo—interrumpió el conde—. Esas dos muje-

res vienen a visitaros. ¡Y luego decís que no tenéis ningún negocio! ¡Por los cuernos de Satanás! Supongo que, por lo menos, una de ellas es joven y bonita, y si para otro está destinada, será para mí, porque antes estoy yo. Decidles, pues, que se acerquen, y que nada teman, porque soy un caballero que sabe cumplir sus deberes.

—Os juro...

—¡No juréis!

—Si no son vecinas...

—¡Pronto saldremos de dudas!

—Pero...

—¡Traed la luz, que un hombre como yo no cede ante el primer obstáculo! ¡Vive Dios! Se me ha metido en la cabeza que esas dos mujeres son jóvenes y bonitas, y como solas pueden verse en más de un peligro, las acompañaré y las defenderé en caso de necesidad, porque a estas horas las calles de Madrid ofrecen más de un peligro para las mujeres bellas.

—Señor, ningún interés tengo en que vuestra señoría deje en paz a las dos tapadas.

—¡La luz, la luz!

Había llegado el momento supremo.

No era el conde de Rocanegra hombre que se detuviese.

La vieja, que en realidad ningún interés tenía en que fuesen respetadas aquellas dos mujeres, llevando en una mano la luz y haciendo con la otra pantalla para que el viento no la apagase, siguió al conde.

—Tapadas misteriosas—dijo éste mientras atravesaba el patio—, es inútil que os recatéis, porque antes consentiré morir que renunciar a la dicha de contemplar vuestro rostro. No os he buscado; pero, ya que la fortuna os pone en mi camino, no retrocederé aunque hubiera de abrirme paso a cuchilladas.

¿Quién podía socorrer a la condesa ?

Aunque gritasen las dos mujeres pidiendo socorro, antes de que acudieran los vecinos tendría el conde tiempo de sobra para arrancarles el manto y reconocerlas.

También ofrecía peligro gritar, porque era posible que el marido reconociese la voz de su mujer, y, sobre todo, era absolutamente preciso evitar el escándalo.

Al acudir los vecinos si se pedía socorro, podía muy bien suceder que también acudiese una ronda que acertara a pasar por la calle. En semejante caso, el conde de Rocanegra saldría del apuro con sólo decir su nombre, pues a un personaje como él no habían de llevarle preso porque había galanteado a dos mujeres.

Con ellas no sucedería lo mismo, pues para dejarlas en libertad exigirían conocerlas los agentes de la autoridad.

En todo esto pensaron las infelices que un instante, y siguieron callando y temblando, sin que les quedara más recurso que resistir la fuerza con la fuerza, estableciendo cuerpo a cuerpo una lucha con el conde y con la vieja miserable que le acompañaba, y que era no menos temible.

La doncella se puso delante de su señora, y ésta quedó casi enteramente oculta en el rincón.

Ambas se cubrían el rostro con el manto y se sentían sofocadas, porque apenas podían respirar.

— ¡Peor para vosotras si os mostráis esquivas! — dijo el conde.

Y extendió los brazos para consumir el abuso.

Empero en aquel momento resonó una voz varonil que dijo enérgicamente:

— ¡Atrás, miserable!

Volviéndose la vieja, pudo distinguir el bulto de dos hombres que entraban en el patio, y vio relumbrar dos espadas.

— ¡Por Dios vivo! — exclamó el conde, que también había vuelto la cabeza.

Y desenvainó el acero, decidido a rechazar el ataque y a morir; porque retroceder hubiera sido una mengua para su honor.

La vieja exhaló un grito de espanto y corrió hacia su aposento. La luz se apagó.

Las tinieblas envolvían otra vez a los que estaban en el patio. Los dos hombres que habían entrado avanzaron resueltamente.

Podían distinguirse los bultos; pero nada más. También se veían relumbrar los ojos y las espadas. El socorro ponía tal vez en más grave compromiso a la condesa.

Era el conde de Rocanegra hombre de valor probado, y más de una vez había jugado la vida por cuestiones sin importancia; y como, además de valiente, era tenaz y estaba en el asunto interesado su amor propio y su honra, no podía retroceder.

— ¡Apartad! — gritó con voz ronca y colocándose en actitud de hacer frente a sus acometedores.

Uno de éstos dijo:

— ¡Dejad a esas mujeres!

— ¿Dejarlas? ¡Vive el cielo! ¿Por quién me tomáis?

— ¡Ningún derecho tenéis para conocerlas contra su voluntad!

— ¡Tengo el derecho de mi capricho, de mi gusto! ¿Lo entendéis?

— ¡Oh!

— Y aunque sois dos, no retrocederé.

— ¡Yo soy bastante, sin ayuda de mi compañero! — replicó uno de los acometedores.

— ¡Pues que la espada decida!

— ¡Defendeos!

— ¡En guardia me tenéis!

No eran hombres que gastaban muchas palabras, y resonó el chis-chas estridente de las armas al cruzarse y chocar.

Un grito desgarrador dejó escapar la condesa.

Empero no se cuidaban de ella los combatientes, porque cada cual tenía que fijar la atención en su adversario.

Eran ambos hábiles maestros en manejar la espada, y en esto consistió que no pudieran herirse a los primeros golpes.

El conde de Rocanegra, al ver a los otros, había avanzado, separándose de las dos mujeres, y quedando así los dos combatientes casi en el centro del patio.

Uno de los que habían llegado últimamente nada tenía que hacer sino esperar el resultado de la lucha, y separándose a un lado, quedó inmóvil.

Un minuto después comprendió que los dos caballeros no pensaban ya más que en herirse y en defenderse, y acercándose a la pared, sitio adonde no llegaba la claridad de las estrellas, avanzó silenciosamente hasta el rincón donde las dos mujeres se encontraban.

Una vez allí, se inclinó, y en voz bastante baja, dijo:

— ¡Aprovechad la ocasión, y seguidme, que yo arreglaré lo demás!

Vacilaron ellas; pero él asió a la condesa por un brazo y le dijo:

— Ante todo, señora, es preciso que se salve vuestro honor.

Esta palabra mágica devolvió a doña Margarita de Solís todas sus fuerzas, y se dejó llevar por el que tan generosamente la salvaba.

La doncella siguió a su señora, y sin separarse de la pared, paso entre paso y con el silencio de tres fantasmas, llegaron al portal y desaparecieron.

Entretanto se irritaba más y más el conde porque

no podía herir a su enemigo, y porque parecía que éste, en lugar de acometer, no se cuidaba más que de parar los golpes que le dirigían.

— ¡Fuego del infierno! — gritó fuera de sí el conde—
¡Acabemos, acabemos!

Y arremetió con más furia.

El otro se defendía; pero nada más.

— ¿No queréis herirme?

— ¡No!

— Pues, ¡por Dios vivo, que os mataré!

— Hacedlo, si podéis.

— ¿Queréis ganar tiempo para que acudan los vecinos?

— ¡Callad, señor conde!

— ¡Oh! ¿Me habéis conocido?

— Sí.

— ¡Peor para vos!

Y, ciego por la ira, redobló el conde sus golpes. Poco después presentóse nuevamente el que había hecho salir a la condesa, y, acercándose a los combatientes, gritó:

— ¡Alto!

— ¡Dejadnos!

— ¡Señor conde de Rocanegra, estáis batiéndoos con vuestro hijo!

No es posible explicar el efecto que produjeron estas palabras.

El conde retrocedió algunos pasos, quedó inmóvil y exclamó:

— ¡Mi hijo!...

— ¡Sí! — dijo entonces Leandro.

Ambos guardaron silencio.

No se le ocultaba a Perico el riesgo que corría si el conde llegaba a reconocerle; y para evitar que sucediera así, acercóse a su joven señor, le dio la linterna y le dijo en voz baja:

—Entiéndase ahora vuestra señoría con el señor conde, su padre, y póngase a salvo como mejor pueda, mientras que yo voy a reunirme con la señora condesa, que me aguarda en la calle.

—Llévate la luz, que para nada la necesito.

— ¡Pues que Dios os saque con bien de este endiablado enredo!

Y el travieso Perico se alejó y salió de la casa mientras decía para sí:

— ¡En mi vida he podido imaginar cosa que se parezca a este lance! ¿Por qué se encontraba aquí el señor conde? ¡Mucho temo que el asunto se complique y tengamos que andar todos más que de prisa si hemos de salvar siquiera el pellejo!

Forzoso era que el padre y el hijo entraran en explicaciones.

Leandro envainó la espada, dio algunos pasos y dijo:

—Padre y señor...

— ¡Caballero! —interrumpió el conde, que apenas podía dominarse— ¡Necesito explicaciones claras y terminantes de lo que acaba de suceder!

—Es muy sencillo.

— ¡Sí, muy sencillo será; pero ha dado ocasión a que yo me viera en el triste caso de tener que matar a mi propio hijo o dejar que mi hijo me matase!

—No hubiera sucedido, porque os conocí cuando apenas me habíais asesado tres o cuatro estocadas.

—¿No sabíais antes quién era el hombre que se encontraba aquí?

—No.

— ¡Parece imposible!

—Oí voces desde la calle, entré, vi dos mujeres perseguidas por un hombre, y, como buen caballero, hice lo que vos hubierais hecho en mi lugar; y luego...

— ¡Por Dios vivo! —exclamó el conde volviéndose y

Don Leandro de Sandoval entabló relaciones con Consuelo. Ambos se amaban. Pero al descubrir ella la elevada posición de Leandro, se aterró. Ella desconocía el nombre de su padre. Su nacimiento era un secreto, que sólo su madre sabía; pero la parálisis le impedía revelarlo.

Don Leandro consiguió averiguar que el padre de Consuelo era noble, y juró buscarle y obligarle a que reconociese a su hija.

Entretanto, el comendador don Pedro, hombre malvado, seguía trazando planes en compañía de su fiel criado Andrés, para vengarse de Querubín y conseguir la boda de su hija con Leandro de Sandoval.

En la vida de doña Margarita de Solís, condesa de Rocanegra, había un terrible secreto, que ni su hijo Leandro había podido descubrir a pesar de intentarlo al ver que su madre no era feliz, que sufría torturada por algún lejano recuerdo.

A los quince años se enamoró locamente de un rico caballero, llamado don Juan de Monzón. Cuando más se querían, don Juan tuvo que huir a París por haber tenido un duelo.

La familia de doña Margarita aprovechó esta coyuntura para obligarla a casarse con el conde de Rocanegra, hombre perverso, que la hizo desgraciada. Tuvo con él un hijo: Leandro, el conde tuvo que marchar, nombrado virrey, a la India, y al poco tiempo llegó de allí la noticia de su muerte.

Entretanto, don Juan de Monzón había regresado. Volvió a ver a doña Margarita. Reanudaron sus amores, y el destino les dio un hijo; era Querubín, y don Juan le confió a una mujer para que le criase en secreto, hasta que pudiera legitimar su unión con doña Margarita. La misma noche fue asaltado por unos ladrones, que le dejaron gravemente herido. Entre la vida y la muerte pasó largo tiempo, durante el cual el conde de Rocanegra, que no había muerto, como se decía, regresó a Madrid y reanudó su vida al lado de la condesa.

Al curarse, don Juan quiso averiguar el paradero de su hijo, pero no logró encontrarle.

Amargado, se retiró a vivir a su gran palacio, mientras la pobre condesa sufría al infame conde. Sólo una persona sabía el secreto de aquellos amores: el comendador don Pedro, que ruñamente lo había averiguado, valiéndose de su amistad con don Juan, cuando éste estaba moribundo. Con objeto de sacar partido a aquel secreto, hizo gestiones, y llegó a averiguar que Querubín era aquel hijo. Pero lo que ignoraba era que fuese el amado de su hija.

Deseando que María se uniese a la casa Rocanegra, propuso esa unión. El conde, a quien no le importaban su mujer ni su hijo, lo dejó a elección de ellos. La condesa se lo dijo a Leandro; pero éste, enamorado de Consuelo, contestó que quería casarse por amor, no a la fuerza, y que María no le quería a él. La condesa, que idolatraba a su hijo, comunicó esta decisión a don Pedro. Pero don Pedro, que estaba dispuesto a todo para efectuar aquella boda, porque le convenía, descubrió a la condesa que conocía su secreto y que, además, sabía dónde se encontraba el hijo perdido y podía devolverlo. Pero solamente lo haría con la condición de que Leandro se casara con María. En caso contrario, ni le ayudaba a descubrir a su hijo, ni callaría el secreto: se lo contaría todo al conde.

¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre!

Mientras se desarrollan todas estas escenas, el señor de Guevara obliga al sastre a que le descubra el secreto de los amores de Leandro. Y para que Querubín tenga un nombre noble, decide reconocerle públicamente como hijo suyo.

El sastre corre a casa de don Leandro y le cuenta lo ocurrido. Ambos creen que el protegido del señor de Guevara está enamorado de Consuelo.

Querubín ronda la casa de María y consigue ponerse al habla con la doncella Juana.

Ésta, para que Querubín consiga entrevistarse con su amada, convence a una mujer que habita en una guardilla lindante con el palacio para que le deje por allí pasar al tejado, y de éste a las habitaciones.

Querubín descubre a María los amores de Leandro y Consuelo y María, se los relata luego a su padre, como un motivo más para rechazar esa boda;

El comendador averigua que la amada de Leandro es una hija suya, que abandonó tiempo atrás, e implacable, decide quitarla de en medio y realizar la unión de María con Leandro, cueste lo que cueste.

COLECCIÓN ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



ENIGMA 1.ª serie

- | | |
|-----------------------------------|---|
| 1 - J. MARI - Botabón | 11 - G. LORRAINE - El coronel desconocido |
| 2 - " - El bello por casarse | 12 - " - Revestida en Rusia |
| 3 - " - (Por ahí) | 13 - La Sirena - El salvaje del espacio |
| 4 - " - La amada de una mujer | 14 - " - Al otro lado |
| 5 - " - La venganza del Doctor | 15 - SERRALLONA - El capitán Lagarto de Jerez |
| 6 - " - El secreto de Mari-Rosa | 16 - " - Los amores de Francisco I y la Herodes |
| 7 - " - Ultraje Mortal | 17 - " - La marginada italiana |
| 8 - SERRALLONA - Las cosas viejas | 18 - " - La familia |
| 9 - G. LORRAINE - Sin, Juan I | 19 - " - El misterio de Miraflores |
| 10 - " - " - II | 20 - " - El hijo de Sirena |